

## LA VERDAD, LA CIENCIA Y LA UNIVERSIDAD

por KARL JASPERS

En 1459, Enea Silvio Piccolomini (Pío II), en la bula de fundación de la Universidad de Basilea, definía la tarea de la universidad, en lenguaje de la época: "llegar, mediante el estudio incansable, a la perla del saber, que revela y certifica el camino de la vida feliz y buena" y que "vuelve al hombre experimentado parecido a Dios y le conduce al conocimiento claro de los secretos del mundo".

En la actualidad, nadie se atrevería a arriesgarse a tan grandes promesas, aun cuando el estado de alma que traducen pudiera aun encontrarse en jóvenes de calidad. Incumbe a la universidad, se piensa por el contrario, enseñar las ciencias, la ciencia en sentido moderno y nada más. La fe, la verdad tomada en el sentido de saltarse o exceder las ciencias, no tiene sitio.

Pero ahí está el gran problema: ¿se confunde la tarea de la universidad con la de las ciencias modernas? ¿O debe la universidad explorar todos los caminos del pensamiento hacia la verdad?

La universidad, por su realidad misma, parece dar la respuesta. Las ciencias se descomponen en dominios que se ignoran casi totalmente. La universidad es una suma de escuelas que dispensan una formación especializada. Es un gran almacén donde se pueden obtener los conocimientos necesarios para tal o cual fin preciso. Bajo el orden administrativo se disimula la anarquía espiritual. Los fundamentos del edificio, antes constituidos por una fe, han desaparecido o no se les reconoce más.

Son las ciencias de la naturaleza y la medicina las que, en nuestra era técnica, ocupan el lugar preponderante. La filosofía y las ciencias históricas están ahí para servir en la formación de los profesores. Las ciencias sociales y económicas gozan de un nuevo resurgimiento. La teología se encierra en un dominio estrechamente limitado. En cuanto a la filosofía, no se encuentra bien en parte alguna e incomoda a todo el mundo.

Por otra parte, la universidad corre el riesgo de quedar dislocada por los institutos y las clínicas. A menudo, los directores de institutos no se sienten profesores más que de modo secundario. Los investigadores individuales que llevan una vida tranquila de meditación de la verdad con un mínimo de medios, son cada vez más raros.

La unidad de la universidad ha llegado a ser una ficción. Está en marcha su desintegración en escuelas especializadas. Sin embargo, aun cuando este retrato de la universidad sea fiel, dudo que la mayor parte de nosotros lo suscriba. Es que la unidad de la universidad es para nosotros una idea constitutiva de nuestra vida espiritual. Después de todo, ¿no será que la unidad de la universidad ha cambiado de significado?

La universidad está a punto de tambalearse con las tensiones entre la teología y la filosofía, entre la filosofía y las ciencias, entre las ciencias de la naturaleza y la historia, entre las ciencias y la práctica.

¿No será la unidad una apariencia, un halo que aún irradia desde la Edad Media, pero que ha perdido su fundamento y que ha sido a sabiendas puesta en discusión? La unidad no está dada por la unidad completamente formal de la "marcha científica", considerada como método general, rebasando la simple opinión. La unidad no se da más en el alegato retórico de

algún contenido de verdad, general, pero no realmente pensada. La unidad de la verdad no se encuentra más en alguna de las disciplinas universitarias, ni en la filosofía o la teología. En nuestra anarquía actual, sin embargo, sólo la verdad que abarque la totalidad, asumiendo las condiciones de la ciencia moderna y desplegándose ella misma como objeto de pensamiento puede conducir a una nueva unidad de la universidad. ¿Es posible todavía una unidad semejante? En la actual situación de la ciencia y de la verdad, esta unidad no podría concebirse como un sistema cerrado de conceptos que bastara tener al día, como una *Weltanschauung*, como una imagen del mundo. La unidad no puede sino manifestarse mediante y en el seno de una lucha que enlace a los espíritus en un compromiso común y que no reconozca ninguna instancia objetiva sobre ella. Su realización depende del desarrollo de modos de lucha espiritual, de la creación de un espíritu de combate que genere la comunicación. Ahí es necesaria la libertad, la abertura espiritual y sobre todo la voluntad de llegar no sólo a un entendimiento común, sino a una razón común.

La verdad se da en la lucha de las potencias del espíritu que se unen y confrontan en el terreno común del avance científico, y también porque en sus orígenes profundos ellas se relacionan mutuamente, se buscan y se oyen unas a otras. Lo que es peligroso para la unidad de la verdad no es la lucha, es el olvido de los otros, la falta de reacción hacia los otros, el rechazo del terreno común de la comunicabilidad. Si este gran combate abierto en el dominio del espíritu, si la idea de la unidad en la comunicación que la anima no se desarrollaran, la unidad de la universidad, en tanto que está determinada por la verdad, se perdería; sería finalmente barrida en provecho de una unidad impuesta desde fuera con fines técnicos y políticos.

La universidad como tal, no es política. Es en sus principios supraestatal y supranacional. El Estado y el pueblo la elevan en cierta manera sobre ellos mismos como una piedra preciosa que queda suspendida sobre el suelo en el vasto espacio del espíritu. Liberada de las Iglesias, la universidad tiene ciertamente un ropaje nacional, una tradición propia, tareas particulares nacidas de su situación. Es un orgullo para el Estado libre la protección de su universidad, en calidad de objeto no estatal, contra las usurpaciones de su propio poder. Espera que del conocimiento de la verdad, enseñada por la universidad, procede lo que él mismo considera indispensable para la dignidad de sus ciudadanos: la voluntad de hacerse a sí mismos y de fundar toda su vida en la verdad. El Estado se caracteriza por la libertad de su universidad y por la altura de sus exigencias hacia ella.

Sin embargo, hay un punto, y sólo uno, en el cual la universidad suprapolítica permanece política. Ella debe, en su propio interés, reconocer que un Estado capaz de querer y de proteger su libertad es la condición de su existencia.

Los centenarios universitarios del siglo pasado se celebraban en un ambiente de triunfo. Para este orgullo del siglo XIX —que se llamaba el siglo de la ciencia, de la técnica, de la historia— nuestro siglo XX podría tal vez tener en esos tres campos aun mayores títulos. No obstante, hoy día un malestar se desliza hasta en las alegrías. Las grandes personalidades de la investigación se hacen cada vez más escasas. El objeto último de la verdad se oscurece. La investigación interesada, fruto de la organización, se impone en el primer plano. Los hechos, los resultados se acumulan hasta perderse de vista. Y sobre esta perspectiva, la amenaza de la bomba atómica.

El trabajo contemplativo que se aparta del mundo, la incertidumbre de las previsiones de nuestra inteligencia, el ciego ajeteo: todo esto es muy poco tranquilizador.

Casi no conocemos ya el orgullo que hacía decir a Kuno Fischer, en el siglo pasado, en Heidelberg: "celebramos los jubileos y echamos las bases de los jubileos del porvenir". Podemos, debemos, como antes Enea Silvio Piccolomini, evocar la idea de la universidad. Pero hoy, cinco siglos después de él, no estamos más, o aún no lo estamos, de acuerdo en el contenido de esta idea. Nadie tiene el derecho de hablar en nombre de los demás. Por lo menos una cosa es segura, en mi creencia: preferimos soportar aun la verdad más dura antes que cubrirla con un velo, preferimos exponernos a la verdad y sufrirla antes de quedarnos a vivir en la ilusión. Si en el mundo la razón y la sinrazón se confunden de manera inextricable, nos basta saber que el mundo también puede, precisamente, tener en ello razón y que ella puede allí llegar a ser poderosa y que nosotros debemos vivir para ella. Es de la incumbencia de la universidad conferir a esta razón, gracias a la ciencia y a la pureza de sus luchas comunicativas, el máximo de claridad y de resonancia. Protegida por el Estado, la universidad goza de una tranquilidad maravillosa. La investigación científica, la ayuda técnica, la evocación del pasado, la participación activa de la tradición, son excelentes pero no bastan. Pues la tranquilidad justamente ha sido acordada a la universidad, para que dominemos en nuestro corazón y en nuestro pensamiento cojamos y conozcamos la tempestad de los acontecimientos del mundo. La universidad debe ser el lugar de la conciencia más lúcida de la época donde todo llegue a la claridad; así el futuro podrá, en un lugar por lo menos, llegar a ser plenamente consciente y la claridad misma, actuante en el mundo, podrá socorrerle.

*(Traducido del Bulletin, Nº 4, 1961, Association Internationale des Universités)*